

# AL MARGEN DE LA VIDA

## EN LA CASA DEL DOLOR



**E**l otro día estuve visitando un hospital. Fuí a él impulsado por ese extraño fenómeno, que a veces nos hace buscar los sitios donde tienen asiento el dolor y la tristeza, cuando alguna tristeza o algún dolor han clavado sus dientes en nuestro espíritu.

Fuertemente impresionado por dolorosa despedida a unos amigos del alma,— ¡siempre son los mejores los que se van!— sintiendo recrudescerse en esos momentos la amargura que me causa el desdén de otros que quedan, la melancolía que me produce aquella esperanza que ví frustrada, aquella ilusión que ví marchitarse; agotada hace tiempo la fuente en la que creí encontrar las aguas para toda sed; eclipsada, quizás ¡ay! para siempre, la estrella que me acompañaba, bañándome con su luz, por las veredas de la jornada; agolpadas en fin a la imaginación todas las tristezas de la vida, sin dejar lugar a las alegrías, que también las tengo, y bien grandes y bien puras,—¿qué mortal no las tiene?— quise buscar,—¡oh! paradoja de las paradojas!— un alivio a mi pena en la estancia del dolor y de la muerte: en las salas de un hospital.

Y allí me fuí, presa el alma de las emociones de la cruel separación huyendo el ruido de las calles, el bullicio de las gentes, la animación de las plazas y paseos, que en aquellas circunstancias me hacían daño, porque no podía escuchar en sus ruidos la voz de los seres queridos, ni atisbar entre las multitudes sus rostros añiados y sonrientes.

Através los umbrales y pasando muy quedo, cual si temiera excitar a la muerte que parecía acechar en el ambiente, perdime a la ventura por los largos pasadizos. Andando, andando llegué hasta una blanca y luminosa terraza, llena de los resplandores optimistas de un sol de Marzo, hundiéndose yá en el horizonte. Y el espectáculo que en ella presencié llenó mi alma de una muy humana y profunda amargura. Bajo la vigilancia de la hermana enfermera,—¡ángel de los pobres desventurados, blanca e impoluta paloma, cuyas blancas tocas se destacaban de entre aquel cuadro de miseria como un símbolo de amor y de consuelo!— paseaban los enfermos sus terribles dolores por la luminosa terraza. Desde la puerta de entrada los contemplé yo con silencio religioso. Algunos me saludaron cariñosamente y todos me miraron con una mirada llena de dolor y de resignada envidia a mi juventud y mocedad.

Y vi allí atónito por la emoción, torsos huedos con profundas heridas, muñones espantosos, vendajes todavía sangrientos, grandes manchas violáceas en carnes inmundas, labios descoloridos y ojos calenturientos. Un hombre macilento y raquítico mordía un mendrugo de pan... sonaban a lo lejos, monorrítmicas y pausadas, las

muletas de un cojo, a quien miraba con envidia un paralítico... sentado en un rincón, cantaba un viejo, que es ciego, en voz baja y haciendo el compás con el bastón, una tonada al amor, al placer y a la luz... al pié de una maceta de claveles coxia, inclinado el débil cuerpecito sobre la costura, una jovencita escuálida y macilenta, de mirar ingenuo y candoroso, pero sin color en las mejillas y exangües los labios... Todo era pena, fracaso, despojo y pesadumbre.

Del jardín en cambio, que al pié de la terraza se extiende, subía un delicado y embriagador perfume de flores; los árboles floridos, estallantes de gérmenes, exhalaban, como la tierra, un aliento sensual, y pendientes de sus ramas cantaban a la vida unos alegres pajarillos: el jardín todo, envuelto en una inmensa caricia del sol poniente, parecía estremecerse con un blando rumor nupcial...

¡Oh, claro sol de Marzo!—pensé conmovido,—¡oh, riente y voluptuoso jardín! ¡tu luz y tu alegría, tus flores y rumores, con qué cruel sarcasmo bañan esta terraza, donde unos seres infelices gimen su dolor y su desgracia!

Dirigiendo una última mirada de infinita ternura a aquella blanca galería, donde parecen vivir unidas la alegría y la tristeza, la vida y la muerte, penetré de nuevo en los largos pasadizos. Al través de las amplias ventanas, tras de las cuales aparecen las salas de los enfermos más graves y crónicos, se oyen llantos y amargas quejas, confundidos con lúgubres estertores de agonía. Y este otro espectáculo que presencié llenó aún más mi alma de una muy humana y profunda amargura.

Cuatro mozos de sala venían hacia mi, llevando con paso incierto un cadáver. Al pasar junto a mi lado he visto que el muerto tenía un gesto horrible y atroz de despedida. ¡Jamás me ha parecido la muerte tan triste como en aquel momento! Junto a mi vé pasar también el fúnebre cortejo un enfermo de extraña mirada de lunático; y me ha hecho la impresión de uno que se despide hasta luégo. Por el fondo de un corredor oscuro atravesaba la fantástica comitiva del santo Viático, llegando hasta mis oídos, más consoladores también que nunca, los sonos argentinos de la campanilla que anuncia la presencia del Dios de los amores. Y ansiosa mi alma de esos divinos consuelos, que sólo sabe dar la Religión de Aquél que murió por amor, entré en la sala trás de la comitiva del Viático, para asistir a la augusta y solemne ceremonia. Yá en la sala e hincado de rodillas, alzé mis ojos para ver al enfermo: sobre las blancas sábanas se destacaba un guiñapo de carne, que apenas parecía figura humana. Al fin pude distinguir el rostro... y ¡un nuevo y fuerte dolor! El enfermo no me era desconocido. En aquel instante apareció a mi imaginación, con los colores más vivos, toda su vida breve, prosáica,

pero macerada por todos los desengaños y triturada por todos los dolores.

Con un alma prócer y aristócrata, poeta, sentimental, artista por temperamento, ávido de purros y elevados cariños, ansioso de grandiosos y sublimes ideales, tenía una macerante obsesión que pesaba cruelmente en su vivir: su monstruosidad física, martirio de todos los instantes, renunciación forzosa a los más legítimos derechos humanos. Y sobre todo al amor.

Las burlas y chanzas de las mujeres por su fealdad física le flagelaron el alma de continuo. Aunque su claro talento o su corazón sensible le dictasen encendidas frases de amor, tiernos conceptos de poesía, siempre tenían sus palabras el trágico subrayado de su joroba, el estribillo grotesco de su cojera. Inspiraba asco y risa aun a sus familiares. Y para mal de males, entre las mofas diarias de los demás y sus fracasos sentimentales, solitario, roído por su incurable dolor, un día, joven todavía, apareció cubierto de repugnante enfermedad. Y ya no hubo más remedio: sin esperanza humana que le alentase tuvo que buscar una camilla de limosna en un rincón del hospital.

Y allí estaba, con un gesto de forzosa renunciación a todo lo humano, disponiéndose a recibir a Aquél de quien únicamente esperaba amor y consuelo. A su lado se encontraba, cogidas las manos del enfermo entre las suyas blancas como la azucena la hermana enfermera,—¡otro ángel de los enfermos!—murmurando al oído del pobre infeliz palabra que yo no oía, pero que a él le hacían sonreír plácidamente. Y aquel detalle simpático y heróico, aquella sonrisa que parecía no tener ya nada de las tristezas de la vida, inundaron mi corazón de regalada ternura.

¡Ay!—pensé: todo humano dolor tiene remedio y consuelo!

Y no pude, ya no quise ver más. Terminada la augusta ceremonia, me retiré de allí pensativo y cabizbajo, pero más resignado de lo que había entrado, abandonando al fin aquel lugar, en donde el dolor de la vida y el dolor de la muerte ascendían confundidos hasta el raso azul del cielo, desde el que vertía sus rayos optimistas un sol eterno y luminoso.

EL PEREGRINO.

**Dr. Miguel de la Concepcion**  
**DENTISTA**

25 T. Pinpin

Tel. 3532

Felicísimo R. Feria    Gabriel La O

**FERIA & LA O**  
**ABOGADOS**

China Bank Bldg., Juan Luna, Manila.  
Tel. 1792.

**Renueve V.**

su suscripción a **ESTUDIO** por un año más y

**Abone V. un peso**

Recibirá entonces, además de **ESTUDIO**, el Semanario Hispano-Americano, de información, propaganda y controversia

**Revista Católica**

cuyo precio de suscripción por un año es de

**Cuatro Pesos**

Remítanos V. siete pesos (-P- 7.00) para ambas suscripciones.

**Estudio**

P. O. Box 1646

MANILA

Roxas Bldg, 212.